

Reflexiones

La encrucijada de la "OPCION CERO"

RAFAEL LUIS BARDAJI,

*Miembro del Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN,
del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres
y del Centro de Estudios Ortega y Gasset*

EL pasado 28 de febrero, el actual dirigente soviético Mikhail Gorbachov anunciaba su deseo de iniciar conversaciones con los EE.UU. a fin de eliminar todas las armas nucleares de alcance intermedio desplegadas en Europa (Pershing II y Cruise americanos y SS-20 soviéticos). En realidad Gorbachov estaba retomando una idea lanzada en 1981 por el propio presidente americano Ronald Reagan, refrendada por la OTAN ese mismo año. Sólo que entonces se sabía que la URSS no aceptaría jamás dicha propuesta mientras que ahora sí parece bien dispuesta no sólo a admitirla sino a defenderla. Es más, el anuncio del 28 de febrero del líder moscovita rompía con la tradicional postura soviética de no aceptar ninguna reducción de armas mientras no se negociara la SDI americana y se tuvieran en cuenta igualmente las fuerzas nucleares francesas y británicas al hablar de Europa. Ambas condiciones desaparecieron en el discurso de Gorbachov.

Esta aparente flexibilidad de Moscú fue bien acogida inicialmente por los aliados de la OTAN: para la Casa Blanca supone lograr un acuerdo con Moscú en los últimos días de un presidente en baja de popularidad y para los europeos significaba mantener airoso su tradicional apego por el proceso de negociación de control de armamentos. Sin embargo, con el pasar de los días los entusiasmos no han ido sino enfriándose y hoy los europeos miran más bien con cierta preocupación las conversaciones de las dos superpotencias.

Efectivamente, la retirada del suelo europeo de todos los misiles nucleares de alcance intermedio es vista con buenos ojos porque supo-

ne deshacerse de unas armas desde sus comienzos controvertidas pero, sobre todo, porque lograr un acuerdo de limitación de armamentos rompería con la actual situación de estancamiento y crisis en la negociación entre los grandes. Una negociación que para los europeos ha conllevado desde bien pronto en los 70 una evidente distensión y tranquilidad con el Este.

Pero a la vez, la medida concreta de retirar las INF aliadas, todavía en fase de despliegue en cinco países occidentales, no parece ser aceptada como el mejor de los acuerdos posibles. Al menos tal y como se ha planteado hasta ahora, sin negociación sobre los misiles de más corto alcance y sin visos de llegar a un entendimiento sobre la reducción de fuerzas convencionales en centroeuropa.

La necesidad de un acuerdo sobre la limitación de armamento

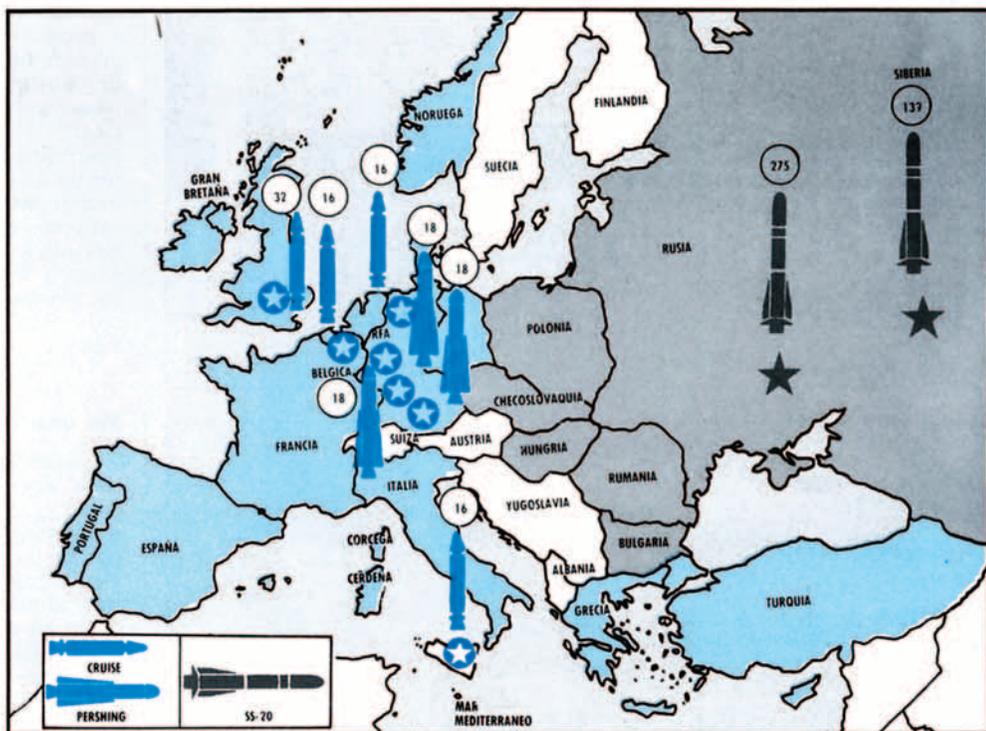
Para muchos, uno de los valores fundamentales, si no el que más, de un posible acuerdo sobre las INF sería la consecución del propio acuerdo en sí, esto es, el valor político que se derivaría del mismo: la firma de un acuerdo sobre los euromisiles resultaría en la posibilidad de detener la progresiva erosión de toda la política de control y limitación de armamentos y, posiblemente, un nuevo punto de partida para la misma.

En efecto, el control de armamentos entró en los últimos años de Carter en una profunda crisis agudizada por el nuevo equipo dirigente americano y por la parálisis sucesiva en Moscú. Es más, si se tuviera que definir la situación actual del control de armamentos podrían darse tres características

básicas: impotencia funcional; desacuerdo intelectual sobre el mismo; y una degradación paulatina del régimen existente en vigor.

Impotencia funcional porque desde los acuerdos SALT I de 1972 sobre limitación de armamento estratégico, incluyendo el Tratado ABM que prohíbe las defensas antimisiles, enmendados en 1974, no se ha producido ninguna firma ni sobre la reducción del número de sistemas de armas ni sobre el control cualitativo de las mismas. Las SALT II firmadas por la Casa Blanca y Moscú —y que preveían mayores recortes que las I— nunca fueron ratificadas por el Senado americano en respuesta a la invasión soviética de Afganistán (aunque se hayan respetado tácitamente hasta finales de 1986 los límites allí marcados); las negociaciones sobre el espacio exterior y las armas antisatélites (ASAT) fueron suspendidas igualmente en 1979 sin haberse logrado el más mínimo acuerdo y sin visos de querer y poder lograrlo; las conversaciones acerca de la mutua y equilibrada reducción de fuerzas convencionales en centroeuropa (MBFR) se han venido desarrollando desde comienzos de los 70, sin tregua pero sin ni siquiera un acuerdo sobre qué se discute; en fin, el doble proceso que abrió la decisión de la OTAN en diciembre de 1979 de desplegar los euromisiles si no se llegaba a un acuerdo con los soviéticos sobre la reducción de las INF, ya sabemos cómo acabó, con la instalación de los Pershing II y Cruise en suelo aliado y con la retirada soviética de todos los foros de negociación entonces en marcha. En las rondas que se reanudaron en Ginebra desde enero de 1985, sólo ha habido acuerdo sobre la necesidad

En el mapa puede apreciarse el despliegue de los misiles Pershing y Cruise, por un lado, y los SS-20 soviéticos por otro.



de discutir, sobre qué negociar, cuándo y cómo, pero poco más.

Impotencia funcional también, y quizá más grave, porque incluso los escasos acuerdos existentes han sido incapaces de alcanzar los objetivos para los que se firmaron, a saber, limitar el número de armas, evitar la introducción de nuevos sistemas desestabilizadores y preservar la situación de destrucción mutua asegurada (MAD). Contando el número de lanzadores se favoreció la proliferación de cabezas múltiples por vector: la limitación cuantitativa sirvió de acicate para una carrera cualitativa que ha provisto de armas que van más allá de la disuasión y que se acercan peligrosamente a tener una efectividad real en un combate nuclear y que, por tanto, dan pie a rechazos de la MAD en favor de luchar y prevalecer en un conflicto atómico.

En segundo lugar, el control de armamentos se caracterizaba actualmente por la falta de consenso que le rodea. Decía Walter Slocombe, uno de los negociadores de los acuerdos SALT, que la limitación de armamentos había conseguido reales progresos en los años 70, pero que también se había hecho en el mismo período con feroces enemigos. Paradójicamente, en los años de Reagan pocos acuerdos efectivos se han obtenido, pero aparentemente se han ganado nuevos amigos. No obstante, la impotencia funcional arriba mencionada ha generado un sentimiento de frustración enorme que ha cristali-

zado en dos ataques diferenciados al control de armamento: desde la izquierda, quizá ilusionada con prontos resultados de desarme, se ha denunciado la limitación de armas como un proceso baldío, que sólo sirve para gerenciar el equilibrio del terror en términos económicos rentables, que toda medida de desarme sólo ha provocado más y más rearme. Desde la derecha se ha rechazado todo acuerdo de control de armamentos por poner en peligro la seguridad nacional, permitiendo voluntariamente que la URSS se situase al mismo nivel que los EE.UU. Para los primeros debería buscarse el desarme total. Para los segundos la superación occidental de la paridad.

Posiblemente ni unos ni otros hubiesen comprendido realmente qué significaba y qué perseguía la limitación de armamentos, ni la desaparición de las armas nucleares ni la completa y permanente superioridad sobre Moscú.

La coincidencia de nuevos equipos dirigentes en los EE.UU. personalmente vinculados a las opciones radicales de rechazo del Arms Control, causaron que los descontentos se hicieran más evidentes y manifiestos, y que la sensación de fracaso se expandiera, provocando más fracaso y preconiando la ventaja de medidas unilaterales de fuerza sobre la negociación.

Incluso más, este sentimiento de impotencia y frustración aguda ha justificado el constante ataque que desde la Administración americana

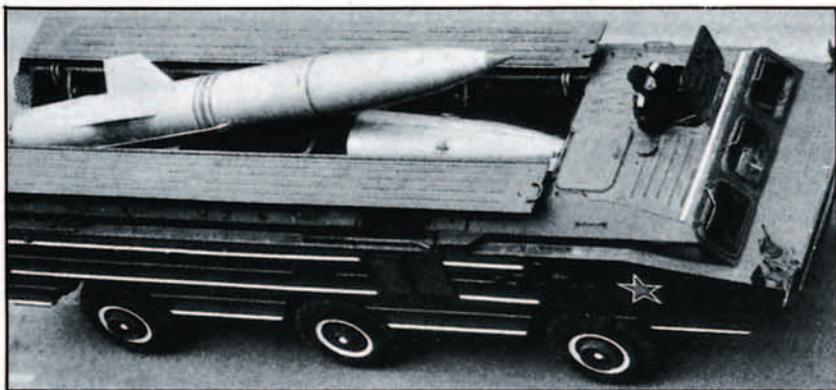
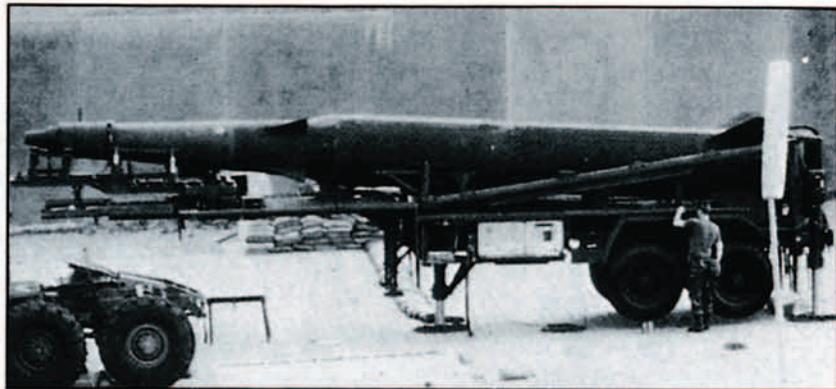
se ha venido lanzando contra el régimen en vigor, particularmente el Tratado ABM, pero también sobre el respeto implícito de las SALT II. Los techos de armas estratégicas establecidos por las SALT II han sido ya rebasados en diciembre de 1986 al montar misiles de crucero en más B-52 sin desmantelar otros sistemas estratégicos, y la investigación SDI está defendiendo una interpretación laxa, si no un abandono, del Tratado sobre defensas antimisiles, el ABM.

Por tanto, conseguir un acuerdo de limitación de armamentos, máximo si tal como se prevé, no se trataría sólo de retirar las INF de Europa, sino de destruir gran parte de ellas, puede entenderse como un gran valor político: serviría para apuntalar una política hoy en franca crisis a la vez que podría apuntar a la mejora de las relaciones políticas entre los grandes, a la consecución de medidas de confianza mutuas que sirvieran para posteriores reducciones de otras fuerzas.

Lamentablemente, a estas posibilidades inherentes al acuerdo sobre los euromisiles hay que añadir notables desventajas estratégicas que hacen de la "opción cero" —al menos tal y como se ha anunciado hasta la fecha— una salida no deseable para los europeos.

Desventajas estratégicas de la "Opción Cero"

A la fascinación que los aliados podían sentir por nuevas medidas



El euromisil Pershing II (arriba) y el SS 21, misil de corto alcance soviético (abajo).

de control de armamentos se le opone el temor europeo de ver cómo con la retirada de los Pershing II y Cruise americanos también se va gran parte de la credibilidad disuasoria de la OTAN.

Parece claro que la mejor forma de disuadir a la URSS de un ataque sobre territorio aliado consiste en garantizar que cualquier agresión soviética, por limitada que ésta pudiera ser, llegaría gracias a la escalada nuclear hasta el conflicto total, hasta el suicidio mutuo. Para ello, la OTAN debería disponer de una panoplia de armas y ofrecer la voluntad de usarlas en caso de necesidad de manera tal que los planificadores del Kremlin no pudieran pensar que un conflicto limitado es posible. El horror nuclear garantizado les disuadiría de toda veleidad militar.

De ahí que, para los europeos, mantener la credibilidad de la disuasión nuclear, de la respuesta flexible, resulta crucial. Por eso, en 1979 decidieron en el Consejo Atlántico la introducción de los euromisiles. Y hoy por hoy siguen siendo las únicas armas que aseguran el ascenso en la escalada y, por ende, la disuasión: los Pershing II instalados en la República Federal de Alemania, capaces de alcanzar el corazón de Rusia, conllevarían que, una vez disparados tras un ataque del Pacto de Varso-

via, Moscú no tuviera otra alternativa que lanzar un ataque estratégico sobre suelo americano, una opción arriesgada y seguramente suicida. Por tanto, los euromisiles parecían volver la respuesta flexible verdaderamente inflexible, comprometiendo a los dos grandes automáticamente en caso de ataque sobre Europa. Por tanto reforzaban la disuasión en Europa.

Su retirada puede verse así como la desmantelación del paso intermedio de la respuesta flexible que en realidad era el seguro psicológico de la ligazón de los EE.UU. con Europa en caso de conflicto.

Y quizá ello no fuera tan grave de no producirse en un momento de cambio y modernización de las fuerzas y las doctrinas de los Ejércitos de la URSS y del Pacto de Varsovia: dotarse de sistemas capaces de lograr con éxito una rápida victoria convencional o química sobre las tropas aliadas sin recurso al arma nuclear. Los misiles de corto alcance de nueva generación (SS-21, 22 y 23) se enmarcan en esta lógica. Los grupos operativos de maniobra (OMG) también, así como las tesis defendidas por el Mariscal Ogarkov en favor de la utilización de nuevas tecnologías en el armamento convencional.

La merma de la disuasión nuclear

occidental en Europa (¿autorizaría el presidente americano arrasar Moscú con sus ICBM porque la defensa de Stuttgart, por ejemplo, resultase insostenible incluso con armas nucleares tácticas sabiendo que ello acarrearía su propia destrucción?) unida a las nuevas capacidades militares soviéticas (la posibilidad de un golpe quirúrgico sin uso de cargas nucleares) es lo que pone nervioso a los europeos. Sin embargo es posible seguir adelante con la reducción de armas sin poner en evidente peligro la seguridad aliada.

Por una "Opción Cero" comprensiva

Es posible pensar en una "opción cero" alternativa, con distinto calendario que satisficiera más a los europeos, por ejemplo, comenzando por cortar drásticamente los arsenales estratégicos y reduciendo sustancialmente las fuerzas convencionales en centroeuropa. Pero es una salida políticamente poco viable. No obstante es posible hallar alternativas positivas.

En realidad la retirada de los euromisiles no significa la desnuclearización de Europa. Al margen de las armas estratégicas instaladas en submarinos quedan, especialmente, los poderes nucleares europeos, el Reino Unido y Francia. Ambas potencias deberían cubrir el hueco nuclear que los americanos dejan en el escalón intermedio. En suma, deberían hacer extensiva su capacidad de disuasión mínima a los otros aliados.

Por otra parte, si es la nueva amenaza de los misiles tácticos soviéticos lo que puede llegar a imposibilitar un acuerdo satisfactorio sobre INF, se debería tratar de llegar paralelamente a una retirada similar de dichos misiles de más corto alcance. La URSS se ha mostrado relativamente dispuesta a dicha retirada. Se trataría de buscar un adecuado calendario y unos eficaces medios de verificación.

Igualmente, el compromiso tendente a la reducción paulatina de fuerzas convencionales en centroeuropa, que equilibre realmente el balance militar en este aspecto, tradicionalmente en favor de la URSS, debe también obtener resultados prácticos inmediatos.

De este modo, conservando la presencia convencional americana en el Viejo Continente, garantizando en alguna manera la disuasión nuclear gracias a los arsenales británico y francés y buscando una paulatina reducción de efectivos convencionales, la desaparición de los Pershing II y Cruise (y sobre todo de los SS-20) no tiene por qué ser traumática. ■